



ALGUNAS CONSECUENCIAS ANATÓMICAS DE LA DIFERENCIACIÓN PSÍQUICA ENTRE LOS SEXOS

**Federico Abib
(UNR)**

El presente ensayo tiene como objetivo realizar una reflexión crítica sobre algunas tesis psicoanalíticas en un intento por reconciliar psicoanálisis y estudios de género, usualmente presentados como dos campos discursivos antagónicos y excluyentes. Comenzar por el juego de sentido¹ implicado en el título obliga a recorrer brevemente las ideas por las que Freud intentó enlazar la anatomía con la psicogénesis de la diferencia entre dos sexos hegemónicos. La femineidad y la masculinidad nunca son expresamente definidas en sus textos, incluso en los puntos más concretos, ambas son planteadas como construcciones teóricas de contenido incierto. Toda su narrativa puede ser recorrida según distintos ejes: una teoría sobre la clínica de la neurosis, la psicosis y la perversión; una genealogía de la estructuración psíquica; una teoría sobre la génesis y los despliegues del erotismo; un extenso intento por comprender la vida amorosa; una teoría de psicología social. La segmentación que padece la producción literaria freudiana y psicoanalítica, desde sus orígenes hasta la teoría actual, son vagamente mensurables. En 1925 Freud publicó su trabajo titulado “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”. Reconociendo la falta de pruebas para transmitir con certeza las hipótesis allí narradas, fijó nuevas pautas para pensar la psicogénesis y diferenciación del desarrollo de la masculinidad y la femineidad en el varón y la mujer ciñendo como eje de dicho despliegue la percepción de presencia-ausencia de los genitales masculinos en los cuerpos.

Sus ideas para una teoría de sexualidad infantil se centran, desde el comienzo, en la posibilidad que la cría humana tiene para vivenciar placer a través de las diferentes tareas que la crianza imprime sobre ellas. En este despliegue

¹ El juego de sentido entre el título del presente trabajo y el original en Freud es capital para entender las reflexiones finales así como el tratamiento de algunas herramientas psicoanalíticas en tanto que tecnológicas.



articula tres fases principales, una más temprana o cercana al nacimiento, oral-canibálica; la segunda, sádico-anal; y una tercera agregada años después, denominada fálica. Ocupado siempre en desenredar el enigma del devenir *femme*, Freud sugiere en este artículo que el paso siguiente a la fase fálica, intrínseca al complejo de Edipo, es

un descubrimiento grávido en consecuencias, circunscrito a la niña pequeña. Ella nota el pene de un hermano o compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene (Freud 1992c).

Las consecuencias psíquicas de esa envidia serán, según Freud, múltiples y de vasto alcance. La falta será percibida como un castigo personal y universal cuyos efectos serán el menosprecio de la misma niña por su sexo, la predisposición de ciertos rasgos de carácter, el recelo hacia la madre, y el más importante de todos, la vivencia de que la acción masturbatoria es *per se* masculina y por ello, como condición necesaria para el desarrollo de la femineidad, se debe rescindir de cualquier actividad clitorídea.

Aunque Freud reconoce en distintos extremos del texto que la femineidad y la masculinidad pura no son reductibles, que las reacciones de ambos sexos son mezclas de rasgos masculinos y femeninos, no deja de insistir que la situación psíquica desencadenada por la diversidad anatómica de los genitales es el motor de la diferencia en el desarrollo psicosexual entre varón y mujer; que ejerce los efectos promotores hacia la masculinidad o hacia la femineidad. El complejo de Edipo es algo sustantivo, que no puede dejar de tener consecuencias, que encuentra por centro el pene debido a su alta significación orgánica para la supervivencia de la especie.

El concepto de ambivalencia, la tensión en el desarrollo, no sólo es parte de la fenomenología de la psicogénesis y de la clínica sino además una trayectoria de los textos de Freud ineludible para su lectura. Al mismo tiempo que sustancializa el desarrollo psicosexual, recurre a su hipótesis de la disposición constitucional

bisexual para evadir las críticas feministas, alegando que todos los individuos humanos reunirían en sí caracteres masculinos y femeninos. Finalmente, cierra el artículo reiterando la advertencia inicial, que no hay pruebas suficientes para sostener estas ideas y que depende del devenir del psicoanálisis la corroboración de su universalidad.

La teoría de la disposición bisexual está marcada por la necesidad de conservar cierto carácter genuino a un binarismo complementario entre caracteres del sujeto y del objeto a soldarse, es decir, el binario complementario entre masculino-femenino. Como lo rescatan los estudios de sexo y género, Freud incorpora el complejo de Edipo para aclarar por qué el niño y la niña deben rechazar a uno de los miembros de la pareja parental y enfrentarse al otro de modo ambivalente (Butler 2007). Así sostiene que el niño o la niña no sólo debe escoger entre dos opciones de objeto, sino entre dos opciones sexuales: masculina o femenina (Freud 1992b). El rechazo es propuesto por Freud como el momento de "consolidación" del género. En el caso del niño, al perder a la madre como objeto de deseo, puede que, o bien asimile la pérdida identificándose con ella, o bien desplace ese vínculo en cuyo caso refuerza su trayectoria hacia el padre y así "consolida" su masculinidad. Si el niño renuncia tanto al objetivo como al objeto, y luego por identificación, incorpora a la madre y crea un superyó femenino, destruye y desordena su masculinidad, reforzando en su lugar las disposiciones libidinales femeninas. También para la niña existiría un complejo de Edipo "positivo" y otro "negativo"; aparentemente Freud conserva la distinción de Ferenczi entre ciertos modos genuinos y otros menos genuinos.

Sostiene luego que lo determinante para la consolidación de una u otra vertiente es la fuerza o la debilidad de la masculinidad y la femineidad en su disposición. Pero él mismo deja sin resolver qué es exactamente una disposición masculina o femenina cuando escribe "cualquiera que sea la naturaleza de éstas".

Tal como se pregunta Judith Butler,

¿Qué vertiente de la 'femineidad' pertenece a la disposición, y cuál es la consecuencia de una identificación? (...) ¿Qué nos impide comprender las 'disposicio-



nes' de la bisexualidad como los *efectos* o *producciones* de un conjunto de interiorizaciones? (...) ¿Cómo reconocemos de entrada una disposición 'femenina' o 'masculina'? (...) ¿En qué medida entendemos el deseo por el padre como la demostración de una disposición femenina sólo porque, a pesar de la pretensión de la bisexualidad primaria, comenzamos con una matriz heterosexual del deseo? (2007 : 142).

La bisexualidad como disposición cuyo correlato positivo (genuino) posee objetivos heterosexuales permite leer que en Freud la bisexualidad llega a sugerir la coincidencia de dos deseos heterosexuales dentro de una sola psique. En realidad, la disposición masculina nunca se orienta hacia el padre como objeto de amor sexual, ni tampoco la disposición femenina se orienta hacia la madre; la niña puede tener esa disposición, pero esto ocurre antes de que haya renunciado a ese lado "masculino" de disposición "natural". Al rechazar a la madre como el objeto de amor, la niña obligatoriamente rechaza su masculinidad y paradójicamente "establece" su feminidad como consecuencia de ello. Así pues, en las hipótesis de Freud sobre la bisexualidad primaria no hay homosexualidad, ésta no la explica y sólo los opuestos se atraen (Butler 2007).

La introducción forzada y demorada desde el lugar que ocupa la anatomía en la teoría de los géneros en Freud es consecuente con la intención de explorar la idea del psicoanálisis como tecnología, proposición por la que es tomado desde las lecturas de género. En este caso, tecnología hace referencia a la coerción totalizadora que los dispositivos discursivos, tal como lo teoriza Foucault, pueden imprimir sobre las condiciones de posibilidad para la emergencia de las subjetividades en una época determinada. La homogenización de ciertas reglas para pensar, decir y hacer respecto de ciertos objetos que, por un movimiento totalizador, se capturan a sí mismas como "todo" y no como "parte" en tanto un enunciado más.

Foucault teoriza sobre el funcionamiento de ciertos enunciados y sus homogenización en discursos, sus leyes de significación, sus reglas de formación. La materialidad del discurso propuesta reside en las complejas reglas que rigen sus comportamientos y transformaciones, y en cómo estas moldean los cuerpos y la emergencia de las subjetividades. El sujeto no aparece como una sustancia



(+di)



universal florecida de un cuerpo, sino como resultado discursivo, efecto del horizonte de posibilidades que una época fija como límite para su expresión.

En las condiciones de posibilidad desplegadas en nuestra época, las verdades se acumulan como saber objetivo, sin posibilitar la transformación de condiciones, de cuya operación surge un sujeto de conocimiento fagocitado del deseo. Es lo que en la teoría de Lacan sobre los discursos viene a reemplazar al discurso amo, es decir, el discurso capitalista, la distribución de las posiciones de emergencia del sujeto que aparecen como posibles dentro de las organizaciones sociales capitalistas. Dentro de estos márgenes, el deseo, definido como el flujo que posibilita el agenciamiento del sujeto, se ve cohesionado a ciertas formas vaciadas de satisfacción. El capitalismo consiste en una respuesta posible al goce que troquela al deseo cuyo destino es reabsorberlo y vaciarlo, generando una continua sumisión del sujeto a la producción de capital y a un goce inabarcable.

En esta superficie discursiva el psicoanálisis aparece como el reverso de la hegemonía, como la posibilidad de reencausar el deseo hacia un goce posible, pues el saber que produce el sujeto a través del análisis es intrínseco a su biografía y resulta imposible de codificarse en el discurso totalizante de lo uno. Dentro de la verdad totalizadora las psicologías positivas y la psiquiatría tratan de acallar la búsqueda de verdad del sujeto bajo la oferta de un conocimiento disponible sobre ciertas formas preestablecidas de enfermar y curar. Son soluciones universales organizadas para el sujeto absoluto del discurso amo/capitalista cuyo conjunto de reglas normalizadoras condicionan la emergencia de los modelos de enfermedad y de cura.

A pesar de esta virtud destotalizadora que se reconoce en el saber producido por el psicoanálisis en consideración a las posibilidades de reivindicar el deseo, el goce y sus lazos, existe una superficie discursiva en donde los enunciados psicoanalíticos devenidos en ideología, funcionan como tecnología. Podríamos decir que el psicoanálisis es, parafraseando a Teresa De Lauretis, una de las tecnologías del género y el sexo. Vale decir, un discurso que marca los límites de inteligibilidad



cultural para pensar los diversos despliegues posibles de la asunción de un género y la materialización de un sexo (De Lauretis 1987).

Debemos a Lacan la oportunidad para pensar al psicoanálisis como una ontología de los intersticios de la sexuación. La sustancialidad del complejo de Edipo, tal como la plantea Freud, reaparece desplazada en Lacan hacia la instancia que genera la consolidación de las posiciones sin las cuales el sujeto “no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo [...] ni responder a las necesidades de su *partenaire* en la relación sexual” (Lacan 1984). Es oportuno aclarar que en ambos autores el concepto de sexo refiere algunas veces a la asunción de la posición de género y otras a la in-corporación de la proyección de superficie que el sujeto negociará indefinidamente como su cuerpo. Para Lacan ni el complejo de castración teorizado como intrínseco del varón, ni la envidia del pene y sus efectos teorizada como intrínseca de la mujer, se resuelven por reducción a la diferencia anatómica.

Pero esta des-sustancialización del advenir sexuados que procura Lacan no se libera completamente de la anatomía, pues la estructura que traza responde siempre a un horizonte rector: la copulación reproductiva, el coito heterosexual. En su artículo “Las significaciones del falo” quedan fijadas las condiciones de posibilidad, las reglas discursivas, para utilizar la noción de falo, su relación con la anatomía², las condiciones estructurales para la emergencia del sujeto, el despliegue del deseo y la inscripción de la idea de falo como significante privilegiado que troquelará las posibilidades de significación y los lugares en la estructura amorosa. En este sentido, el discurso psicoanalítico devenido ideología contribuye a perpetuar los límites de inteligibilidad cultural que protegen ciertos tipos de amor legítimos de otros que no lo son, que definen ciertos despliegues corporales como vivibles de otros que aparecen como espectrales, terroríficos, psicóticos.

Ese horizonte rector que toma como eje organizador al coito heterosexual es teorizado por los estudios de sexo y género contemporáneos en el concepto de

² Lacan negará reiteradas veces la correlación entre falo y órgano anatómico, tantas veces que se hace imposible hablar o teorizar sobre el falo sin recurrir a la *denegación* de su relación de exclusión respecto del pene, de manera que a fin de cuentas escribir sobre el falo implica necesariamente la recurrencia a la figura del pene.



“heteronormatividad” o también “heterosexualidad obligatoria”. El mismo refiere a una “rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos” (Butler 2007: 292). Esta red responde a un

(...) modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado por un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad. (Butler 2007: 292)

Esta heterosexualidad obligatoria es situada como

(...) una construcción teórica por la que se figura un principio organizador del orden de las relaciones sociales, políticas, institucionales y culturalmente reproducidas, que hace de la heterosexualidad reproductiva el parámetro desde el cual juzgar, aceptar, ordenar, la variedad de prácticas, identidades y relaciones sexuales, afectivas y amorosas. (Pecheny 2008: 14)

El psicoanálisis devenido ideología es capturado en esta rejilla de inteligibilidad para pensar la emergencia de las subjetividades y la corporeidad. Que pueda funcionar como ideología, tomada al pie de la letra, lo hace blanco de la misma crítica que ha recibido la teoría de la interpelación ideológica de Althusser. Recordemos que según este autor el sujeto emerge por interpelación de la ideología a través de los aparatos ideológicos sutilmente dispuestos para tal fin. Este sujeto es planteado como una copia fiel y obediente de la ideología que lo estimula. La crítica sostiene que la emergencia del sujeto no es lineal y homogénea, que no siempre los sujetos emergen en el lugar que la ideología pauta como posible. El mismo recorrido de Lacan lo atestigua, el sujeto no siempre aparece allí donde la “ley del nombre del padre” lo nombra, cosa que es olvidada por este uso ideológico de la teoría analítica.

¿Qué consecuencias anatómicas tiene implantar esta diferenciación derivada de los genitales como diferencia psíquica estructural entre los sexos?, ¿qué condiciones de posibilidad habilita para pensar las maneras vivibles de habitar un cuerpo y un género?, ¿qué posiciones quedan relegadas como formas inhabitables?



Esta red de inteligibilidad cultural, que apropia de manera selectiva a ciertos enunciados psicoanalíticos, nos imposibilita pensar de un modo más elástico las relaciones entre el cuerpo, el sexo, el género y el deseo. Nuestros aparatos ideológicos y nuestros discursos clínicos están organizados de tal modo que sostienen y perpetúan cierta coherencia intrínseca entre la anatomía corporal, el placer genital, la identidad y los lazos posibles. Dicha coherencia genera la deserción masiva de poblaciones que no encajan en los modelos hegemónicos.

Las consecuencias anatómicas se escriben en los cuerpos. La evidencia se materializa en la existencia de cuerpos que parecieran importar más que otros, por ejemplo, el cuerpo de cada una de las mujeres trans que para acceder a una anatomía que sea coherente con la proyección de superficie que ensamblan como corporeidad debe recurrir a técnicas clandestinas de hormonización e inyección de siliconas acrecentando su tasa de morbilidad. Las consecuencias aparecen en la tasa de morbilidad de las personas trans; tal como lo muestra el informe *Cumbia, copeteo y lágrimas* (Berkins 2008) la tasa de morbilidad no supera el período que la organización mundial de la salud define como juventud, es decir, no lleguen a vivir más que entre 32 y 35 años. Se inscriben en los elevados porcentajes de suicidios en jóvenes a causa de los conflictos que genera apropiarse de una identidad que no es la que el contexto heteronormativo espera. Las consecuencias se engarzan en el deterioro de la salud lésbica cuya atención ginecológica es deficiente pues el sistema de salud desconoce las vicisitudes intrínsecas a sus prácticas sexuales.

El análisis de la psicogénesis humana -que no puede desgarrarse de su troquelado psicosexual por el otro- no es reductible a la simpleza con que es apropiado actualmente por los discursos hegemónicos. El estado actual de la circulación del deseo, de la emergencia del significante fálico en posiciones antes no teorizadas, exige una reorganización de nuestros enunciados. Los conceptos de bisexualidad universal, o en algunos casos polimorfismo, identificación, complejo de Edipo, y otros, no son, en modo alguno, fases fácticas que uno pueda hallar como cronológicas o no.

Las construcciones teóricas que la técnica analítica supone como hipótesis fundamentales para tratar de operar sobre la subjetividad, tanto en emergencia como en sus ensamblajes posteriores, aluden a fantasmas que van dibujando el trazo sobre el que la persona en origen asume cierta sujeción, a su deseo como al deseo del otro. Llamarlas fases abre un campo de posibilidad discursiva que versa sobre la psicogénesis como una construcción que tiende hacia un desarrollo ideal, que en Freud operó por una cuestión de época, por ejemplo, cuando él considera que el fin último de este es la cópula reproductiva.

Cien años después de las ideas de base de la teoría sexual que funda el psicoanálisis, una lectura ética atravesada por la cotidianidad de nuestra escucha clínica y de la realidad social, no puede seguir hilando los orígenes como si realmente fueran una soldadura de piezas de un modo tan estructurado.

La libido es libre, y los caminos que siguen dependen tanto de la estructura para-genital en la que ocurre como de la apropiación que el cuerpo que la porta hace de ella. No podemos seguir creyendo que la sexualidad es un recorrido tan simple,

(...) la sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el Edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de distintos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico. (Bleichmar 2006)

Para cerrar, vale plantear de modo retórico: si la libido de las "fases pregenitales" y edípicas es propia del proceso primario, y el proceso primario tiene en sus características de trabajo la libre circulación y la no-contradicción, ¿hasta qué punto es sostenible hablar de mociones heterosexuales y mociones homosexuales?, ¿cómo sostenemos la bisexualidad universal, utilizada por Freud, si lo inconciente no reconoce binarismos?, ¿hasta cuándo sostendremos la actitud de reificar como real la realidad que Freud construyó como ensamblaje para entender las neurosis?

El objetivo no es descartar el psicoanálisis o deslegitimarlo, sino plantearnos la exigencia ética de aprender a separar el núcleo duro de verdades que permiten

(+di)

uni(+di)versidad

publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

operar con lo inconciente, extrayendo de ellas nuestras herramientas de trabajo, de la narración fantaseada que, de acuerdo a un punto de partida sea heterocentrado, patriarcado o matriarcado, está mas del lado del yo-realidad que de una articulación real-simbólica. El psicoanálisis conserva para el sujeto todo su potencial liberador de los discursos que devienen hegemónicos. Es responsabilidad del ejercicio profesional de nuestra clínica que el psicoanálisis nos libere del psicoanálisis reificado.

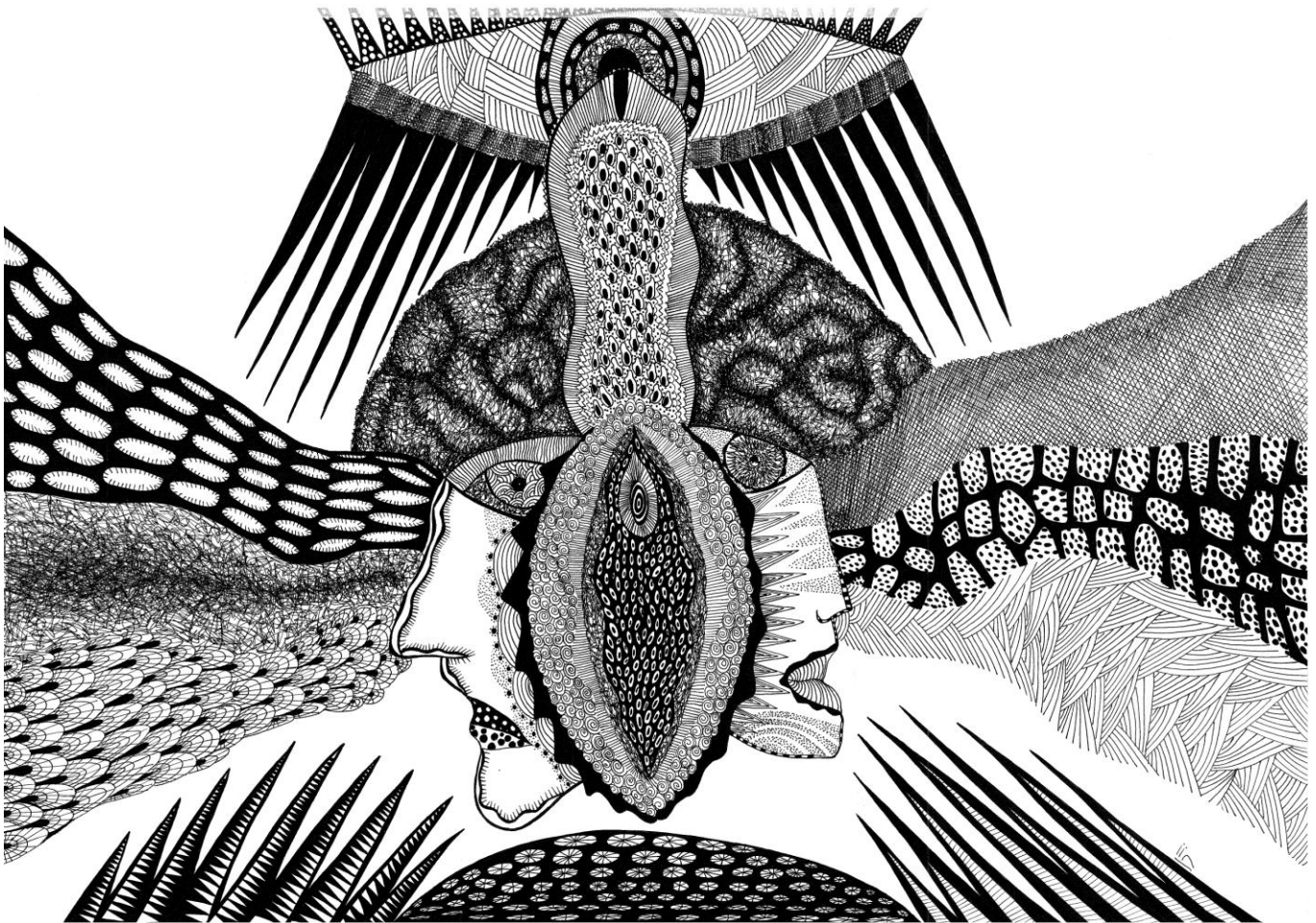


Ilustración: Heidi Fernández

<http://www.flickr.com/photos/heidifernandez/>



Referencias Bibliográficas

Althusser, Louis (1974): *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Berkins, Lohana (Comp.) (2008): *Cumbia, copeteo y lágrimas. Informe nacional sobre la situación de las travestis, transexuales y transgéneros*. Buenos Aires: ALITT.

Bleichmar, Silvia (2006): *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith (2007) [1990]: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith (2001): *Mecanismos psíquicos de poder*. Madrid: Cátedra.

De Lauretis, Teresa (1987): *Tecnologías de género*. Londres: Macmillan Press.

Foucault, Michel (2002): *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Freud, Sigmund (1992a) [1905]: *Tres ensayos para una teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (1992b) [1917]: *Duelo y melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (1992c) [1925]: *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, Jacques (1984) [1958]: *La significación del falo*. México: Siglo XXI.

Pecheny, Mario; Fígari, Carlos y Jones, Daniel (Comps.) (2008): *Todo sexo es político*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.